

# NOCHE EN EL BLUEBIRD

Me han hecho arder el pelo unas frases de una novela que esta noche he estado leyendo; una novelita romántica china ambientada en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y titulada 'Un amor que destruye ciudades'.

La acción transcurre en Hong Kong; una muchacha distinguida pero de familia empobrecida es cortejada por un seductor rico, dulce, tenaz y cínico: «Cada día la acompañaba en sus salidas y la llevaba a todos los lugares de ocio y diversión, al cine, a la ópera cantonesa, al casino, al hotel Gloucester y al Cecil, al café Bluebird, a las tiendas de seda india, a los restaurantes de comida de Sichuan en Kowloon... Al atardecer, a menu-



JOSETXU L. PIÑEIRO



IGNACIO VIDAL-FOLCH

do salían a pasear y no regresaban hasta entrada la noche».

Al leer estas frases ¿no sientes esa inquietud compleja

del ciego que oye en la calle la voz desconocida de alguien que le llama por su nombre?

¿Y por qué? ¿Es el prestigio evocador de esos nombres, la ristra de nombres exóticos y prestigiosos, el Cecil, el Bluebird, las tiendas de seda china (cuya cadencia prosódica, por cierto, es idéntica a «las tiendas color canela» de Bruno Schulz, en un redoble de exotismos en perspectiva de China a Ucrania), adonde el joven lleva a la muchacha protagonista de la novela, para

## Una lista es siempre la punta de un iceberg de la rutina de una vida

encantarla, para enamorarla, para infundirle el ensueño y rendirla con la promesa de una vida ligera llena de encanto y placer?

¿Es el hecho, a menudo misterioso y turbador, de encontrarte ante una Lista que no has escrito tú, como si hubieras sorprendido la intimidad ajena: una lista, que es siempre la punta de un iceberg de la rutina de una vida, particular o como en este caso de toda la comunidad de Hong Kong cuando quería divertirse, los sábados, mientras desde el horizonte crepuscular se acercaba la guerra?

(Listas. Hasta las cartas de los restaurantes, con su declinación de platos de sopa, de verduras, de carnes y de pescados y de postres, parecen a veces listas de versos atómicos que se disparan en resonan-

cias infinitas. Incluso si lees el menú de un restaurante económico y figura entre los segundos platos por ejemplo el «Emperador a la plancha» oyes sonar los vales de Viena y te asaltan los recuerdos de Francisco José, de Rodolfo II del Sacro Imperio Romano Germánico, de Pu Yí que pasó de ser dios a jardinero, de los residentes con contrato indefinido en la cripta de El Escorial.

—¿Y de segundo, qué? ¿Nos hemos decidido? —pregunta, muy campechano, el camarero— ¿«Emperador a la plancha» o «libritos de lomo»?)

...¿O es, en fin, el hecho de que esos cines, casinos, hoteles y jardines de Eileen Chang, circuito de diversiones lejanas tan extinguido como Pompeya bajo la lava, como las pasiones que en ese entorno florecen, es todo a la vez insólito y archisabido, exótico y cotidiano, remoto y próximo, extinguido e incesantemente resucitado, y nos abre la posibilidad de que lo extranjero seamos nosotros que estamos aquí como podríamos estar allá y allá como en ninguna parte?

¿Me explico? ¿No?... Sea como sea acaba ya de vestirse, se está haciendo tardísimo y esta noche nos esperan en el Bluebird.